

January 2009

Las narrativas del mal: investigación de las simbólicas en el desplazamiento forzado

Marieta Quintero Mejía
Universidad de La Salle, mquintero@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Quintero Mejía, M.. (2009). Las narrativas del mal: investigación de las simbólicas en el desplazamiento forzado. *Actualidades Pedagógicas*, (54), 69-77.

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Las narrativas del mal: investigación de las simbólicas en el desplazamiento forzado¹

Marieta Quintero Mejía*

Entregado: 15 de septiembre de 2009

Aceptado: 7 de octubre de 2009

Resumen

El artículo sitúa las narrativas del mal dentro de los temas y problemas que han sido objeto de interés en el campo de lo que hoy se ha denominado investigación narrativa. Sistematiza las narrativas del mal en tres orientaciones, que aportan al estudio de este tipo de investigación, en particular, en temas relacionados con ética y política. Identifica tres tipos de orientaciones: estética, ética y política, pero centra el interés en las dos últimas orientaciones por el valor que tienen para el análisis del desplazamiento forzado. Finalmente, se exponen los sentimientos morales presentes en narrativas de algunos jóvenes desplazados, los cuales expresan, precisamente, la sensibilidad y el rechazo ante la vulneración y dan lugar a la configuración de las estructuras simbólicas del mal.

Palabras clave: narrativa, narrativas del mal, ética, política, desplazamiento forzado.

The narratives of evil; symbolic investigation of forced displacement

Abstract

The article places the narratives of evil within the themes and issues which have been of interest in the field of what is now termed, narrative inquiry. Systematizes narratives of evil in three orientations, contributing to the study of this type of research, particularly on issues related to ethics and politics.

It identifies three types of guidance: aesthetics, ethics and politics, but interest focuses on the last two guidelines for the value they have for the analysis of forced displacement. Finally, a summary outlines the moral sentiments present in narratives of some displaced youths, which sentiments they express, precisely the sensitivity and the rejection of the breach and gives rise to the configuration of the symbolic structures of evil.

Keywords: narrative, narratives of evil, ethics, politics, forced displacement

1 Ponencia presentada en el 1er Foro Pedagógico *La narrativa en la investigación educativa*, Bogotá, Universidad de La Salle, 3 y 4 de junio de 2009.

* Colombiana. Doctora en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales y el Cinde. Profesora de la Universidad de La Salle y de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. **Correo electrónico:** mquintero@unisalle.edu.co.

EL LUGAR DE LAS NARRATIVAS DEL MAL EN LA INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES Y EN PEDAGOGÍA

Si bien desde el mundo griego la narración se concibe como el arte de contar situaciones y acciones, así como narrar pensamientos y sentimientos, fueron necesarios varios siglos para que las narrativas se constituyeran en fuente de reflexión sistemática y en propuesta de investigación en el campo de las ciencias sociales y en la pedagogía.

Como fuente de reflexión tenemos a los teóricos del estructuralismo francés, en especial Barthes y Todorov, quienes buscaron dotar de estatuto teórico a la narrativa de manera que ésta no se limitara a ser entendida como capacidad “natural” o “común” que tenemos los seres humanos para contar historias². Barthes señala que para “describir y clasificar la infinidad de relatos, se necesita una teoría; buscarla y esbazarla es en lo que hay que trabajar” (2001, p. 8). Esta teoría se encargará de describir las reglas que estructuran los relatos y del uso del método deductivo para revelar la pluralidad de relatos de una época y de una sociedad. En consecuencia, para Barthes, el estudio de la estructura narrativa hace posible la recuperación de la diversidad histórica, geográfica y cultural³.

Todorov (2001) señala que el relato narrativo tiene sus orígenes, en la crónica y la historia, pero sus bases lingüísticas en los modos del discurso constativo (objetivo) y performativo (subjetivo), siguiendo a Austin. Para Todorov, es propio de nuestra sociedad el uso del género narrativo de la autobiografía, cuyo acto de habla se separa de la idea referencial del enunciado, propio de un acto constativo, para situarse en un acto de habla empleado para “hablar de sí mismo”. Acto de habla que no es un asunto de orden metadiscursivo difundido en la literatura, sino que se usa cada vez más en las sociedades contemporáneas para narrar “nuestra propia vida” (Todorov, 2001).

Otra fuente de reflexión proviene de la filosofía ética y política en la cual el tema se ha centrado en el estudio de las narrativas, en general, y en el de las narrativas del mal, en particular. Estas indagaciones han configurado, a mi juicio, un reciente e importante campo de investigación tanto para las ciencias sociales como para la pedagogía.

En el primero de los casos, es decir en las investigaciones en el campo de las ciencias sociales tenemos el aporte de Benjamin, para quien el que narra es “una especie de sabio”, porque siempre tiene consejos para el que escucha. Por ello, “el narrador es admitido junto al maestro y el sabio”, sus consejos se nutren “de la vida vivida”. La figura del narrador es la de la vida en comunidad porque le ha sido dado “recurrir a toda una vida”. No obstante, indica Benjamín, esta cualidad del narrador está llegando a su fin porque la experiencia se ha empobrecido con la Guerra Mundial. Los hombres que de allí retornaron vinieron “enmudecidos”, en lugar de “retornar más ricos”. Cuando las experiencias están empobrecidas, los hombres se enmudecen: “...con la Guerra Mundial comenzó a hacerse evidente un proceso que aún no se ha detenido; ¿no se notó acaso que la gente venía enmudecida del campo de batalla?” (Benjamin, 1936/1991).

Otro aporte en las ciencias sociales desde la dimensión ética, lo encontramos en MacIntyre (1987), para quien la narrativa ha sido considerada como rasgo propio de la vida humana; narrativa en la que se expresan tanto las acciones como las intenciones de los sujetos en contextos en los cuales los actos verbales son inteligibles. Así, cuando se le interroga a un agente acerca de ¿qué hace él?, su respuesta, que es en forma narrativa, es dar cuenta de sus experiencias y acciones.

Para este filósofo de la moral, las experiencias, acciones y conversaciones pueden denominarse narrativas represen-

2 Para Genette (2001) y los teóricos Contursi y Ferrero (2000), existen dificultades para definir el término de narración, entre otras razones, por su asimilación con el relato. En el mundo griego, la definición del relato se opone al de imitación. La imitación (mimesis) es propia de la poesía dramática; la representación (diégesis), de la poesía narrativa. Mientras el término *mimesis* indica mostrar o actuar, la expresión griega *diégesis* se relaciona con el contar y narrar situaciones, acciones y pensamientos de personajes. Desde el mundo griego, indica Genette, relatar es narrar porque todo relato contiene representaciones de acciones y de acontecimientos que constituyen la narración. Las investigadoras Contursi y Ferrero señalan que la asimilación de la narración con el relato, lejos de tener aportes para la delimitación de los mismos géneros, restringió su comprensión al carácter “natural” de contar o “relatar” historias. Esto ha llevado a una naturalización de la narrativa y, como consecuencia, a dificultar la definición de su corpus y campo de estudio. Ver: Genette, *Fronteras del relato*. En: *Análisis estructural del relato*, México, Ediciones Coyoacán, 2001; Contursi y Ferro, *La narración. Usos y teorías*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2000.

3 Según Barthes, en la teoría del relato no se desconocen los aportes que la lingüística proporciona en el estudio de la narrativa. El relato no debe ser entendido como suma de proposiciones; por el contrario, la estructura narrativa debe constituirse de distintos niveles entendidos como estadios que operan jerárquicamente, pero de forma interrelacionada. Además de la lingüística, Barthes reconoce el valor que tienen en la definición de este corpus los trabajos de Lévi-Strauss, Propp y Greimas. Ver: Roland Barthes, *Introducción al análisis estructural del relato*, en: *Análisis estructural de los relatos*, México, Ediciones Coyoacán, 2001.

tadas porque “vivimos narrativamente nuestras vidas, y porque entendemos nuestras vidas en términos narrativos, la forma narrativa es la apropiada para entender las formas de los demás” (MacIntyre, 1987, p. 263). En otras palabras, la narrativa no es un asunto propio de los poetas, dramaturgos y novelistas, sino parte constitutiva de nuestro vivir. De ahí que cada uno de nosotros sea el personaje principal de su propio drama y tenga un papel subordinado en el drama de los demás.

En cuanto a la investigación acerca de las narrativas del mal en la filosofía ética y política, estas indagaciones se centran en los temas de la libertad y la voluntad como fuente de reflexión, en especial, en filósofos como Kant, Schelling y Nietzsche, entre otros. Asimismo, los temas de libertad y voluntad se han constituido en fuente de comprensión de los momentos en que han colapsado los sistemas políticos, jurídicos y morales, los cuales resultan ser más usuales de lo que quisiéramos. La rapidez y la frecuencia de las catástrofes sociales y políticas producidas por las imágenes del mal como los campos de exterminio, los escenarios del secuestro, las torturas, las mutilaciones, entre otros, han llevado a plantear un nueva estrategia de comprensión acerca de lo que significa el mal, lo que no quiere decir intelectualizar el mal, sino tener recursos para afrontar la aplastante realidad del mal, la cual derriba todos los parámetros de comprensión conocidos (Arendt, 1981).

Los relatos del mal no se constituyen en los fragmentos que recuperan el pasado, sino que son la memoria que nos redime de la insostenible realidad de éstos (Benjamín, 2008). La memoria que se plasma en estas narraciones dota de significado y comprensión las acciones humanas, porque como bien lo señala Arendt, sin memoria no sólo hay olvido, sino que también se pierde la comprensión.

Estas dos últimas fuentes y formas de comprensión de las narrativas plantean, a mi juicio, nuevos retos de investigación en las ciencias sociales y en la pedagogía. Estas dos ciencias –ciencias sociales y de la pedagogía– han adoptado en la investigación narrativa, como fundamentos epistemológicos y metodológicos, la filosofía hermenéutica en tres sentidos.

Inicialmente, como trascendencia de las ciencias positivas. Es, precisamente, Husserl quien denuncia que las

ciencias positivas, incluidas la matemática pura y las ciencias exactas de la naturaleza, están en crisis en cuanto a sus propósitos, objetivos, tareas y metodologías. Esta crisis radica, entre otros aspectos, en la imposibilidad de las ciencias positivas de dar cuenta de la existencia humana:

la exclusividad con la que en la segunda mitad del siglo XIX se dejó determinar la visión entera del mundo del hombre moderno por las ciencias positivas y se dejó deslumbrar por la prosperidad hecha posible por ellas, significó paralelamente un desvío indiferente respecto de las cuestiones realmente decisivas para una humanidad auténtica. Meras ciencias de hecho crean meros hombres de hecho (Husserl, 1991, p. 6).

El segundo sentido otorgado a la filosofía hermenéutica en la investigación narrativa es el valor que tiene la comprensión del hombre situado. Al respecto, las categorías de acción y experiencia permiten trascender la forma tradicional de analizar, como indica Ricoeur, que el hombre es causa de sus actos. Este autor recurre a la teoría del texto y a la teoría de la acción señalando que entre éstas hay convergencias, lo cual justifica las transferencias de una teoría a la otra. Por lo tanto, la acción humana es un cuasitexto; por tanto, toda acción es comparable a la escritura. Esto significa que al liberarse la acción del agente adquiere su autonomía semejante a la autonomía semántica de un texto. Toda acción

... deja un trazo, una marca; se inscribe en el curso de las cosas y se vuelve archivo y documento. A la manera de un texto, cuyo significado se separa de las condiciones iniciales de producción, la acción tiene un peso que no se reduce a su importancia en la situación inicial de su aparición, sino que permite la reinscripción de su sentido en nuevos contextos. Finalmente, la acción, igual que un texto, es una obra abierta, dirigida a una serie indefinida de lectores posibles (Ricoeur, 2006, p. 162).

El tercer sentido se refiere a la identidad narrativa entendida no sólo como la responsabilidad que tiene alguien para dar cuentas de sus acciones, sino también de alguien que puede pedir cuentas a los demás y que puede poner a los demás en cuestión (MacIntyre, 1987, p. 269). En consecuencia, la imputación de nuestras acciones es uno de los rasgos éticos y políticos de la narrativa que evidencia que la narración de la vida es parte de un conjunto de relatos interconectados, lo que hace posible preguntar ¿qué hiciste? y ¿por qué?; elementos constitutivos de la responsabilidad moral y política.

Además de concebirse la identidad narrativa como imputación moral en el que el sí mismo se designa como sujeto responsable, también ha sido estudiada a partir de la figura del “heme aquí” que significa “dar cuenta de sí a partir del relato”. Así pues, narrar significa relatar aquello que nos hace identificables, es decir aquello que muestra cómo nos comportarnos de manera que el otro puede contar conmigo, con él o con ella. En palabras de Ricoeur, si alguien cuenta conmigo, soy responsable de mis actos ante otro. El término de responsabilidad reúne dos significados: “contar con” y “ser responsable de”.

ORIENTACIONES EN LAS INVESTIGACIONES NARRATIVAS DEL MAL

En las investigaciones acerca de las narrativas del mal encontramos tres tipos de orientaciones con marcos de interpretación y metodologías de análisis diferenciados. Entiendo por orientación acerca de las narrativas del mal el marco de comprensión y análisis a partir del cual se da cuenta de los significados que tienen lo injusto, lo inadecuado, lo incorrecto, así como los métodos adoptados para su estudio; significados que han sido estudiados desde la tradición filosófica clásica, medieval e incluso en la modernidad, en oposición al bien.

No obstante, la perplejidad de las dos guerras, los totalitarismos que surgen en Europa, la designación de nombres bárbaros como genocidios, Hiroshima, Auschwitz, muestran, tal como lo señala Levinas (1977), que el pasado y el presente siglo significan una ruptura y un quiebre con la tradición racionalista de la ética centrada en el estudio de lo bueno y lo malo. Estos acontecimientos bárbaros han hecho repensar el sentido del mal y de la responsabilidad moral. Lo que implica repensar el sentido del mal y de la responsabilidad moral. Para ello, se proponen nuevos recursos que hagan posible la visibilidad del mal. En tal sentido, la narrativa surge como un recurso de comprensión porque permite que las voces del sufrimiento y las exhortaciones de tipo moral y político sean, precisamente, las que otorguen sentido y significado a “los momentos de oscuridad”– o a los “momentos de crisis”, en el términos de Arendt, vividos por quienes repentinamente han sido desalojados del espacio público, es decir, de su condición de ciudadanos.

ORIENTACIÓN ESTÉTICA

Tal como lo señala Georges Bataille (1977), el mal en la literatura posee un valor soberano no para expresar la ausencia de la moral, sino porque “en realidad exige una ‘hipermoral’ ”. Para Bataille, los vínculos de la literatura y el mal se fundamentan en la idea de que la literatura es comunicación y ésta se configura desde la lealtad. Por consiguiente, la moral es el sustrato de la comunicación estética y esto incluye el reconocimiento del mal como dimensión que aviva la comunicación. En el arte, el mal se da como tema y como condición interna de su producción. Para Bataille, el mal se asocia a la muerte y la guerra porque expresa angustia y asco. Otra forma de comprensión del mal en la poesía y en la literatura es el rechazo hacia el incremento indefinido de las fuerzas productivas que propiciaron la metamorfosis rápida del mundo civilizado, “fundado en la primacía del mañana, a saber, en la acumulación capitalista”. El malestar ante la sociedad o las clases dominantes del capitalismo suscitó una literatura que se opone a la coacción social y que en su lugar impone una existencia soñadora, apasionada y rebelde a la disciplina. También encontramos, indica Bataille, en la literatura el mal expresado en “las posibilidades de destruir los seres, destruirlos y gozar con el pensamiento de su muerte y sus sufrimientos” (Bataille, 1977, p. 51).

Para Safransky (2005), el arte tiene que desempeñar una función útil en el orden del mundo y el tema del mal puede coexistir con el arte bajo los siguientes presupuestos: el mal tiene que convertirse en tema explícito; no hay que suponer que el mal puede eliminarse mediante el arte; la voz del arte tiene que convertirse en narrativa de los débiles.

La literatura y el mal forman parte de la expresión estética de autores como el marqués de Sade, Baudelaire, Camus, entre muchos otros; no obstante, en la presente exposición interesa mostrar que las metáforas “tiempos de oscuridad” y “momentos de crisis” no son nuevas. En el pasado han existido crisis y desastres y de ello han dado cuenta los escritores en sus narrativas como manifestación literaria y con su propia experiencia. Como expresión literaria tenemos temas relacionados con la furia del mal, la ausencia de piedad, la deshonra, las inclinaciones abominables y la destrucción, entre otros, los cuales nos advierten, siguiendo a Sade, que “... todo placer decente..., de que todo tipo de disfrute honesto está excluido

a propósito... y si por casualidad encontraras alguno, lo encontrarás siempre acompañado de algún delito, o teñido de alguna depravación” (Sade, 1991).

“Los tiempos de oscuridad” y “los momentos de crisis” también pueden ser ilustrados desde la experiencia misma de escritores, intelectuales y artistas quienes en su condición de víctimas “avanzaron como muñecos hacia la muerte” (Arendt, 1999) y “sobrevivieron aunque esto no haya sido un mérito” (Primo Levi, 2006). Para Arendt y Primo Levi, es un deber el relato de lo trágico para que esto no pueda volver a suceder, no obstante, los jóvenes y la misma historia ante esta insoportable realidad prefirieron “no hablar” y “no estar dispuestos a escuchar”, pretendiendo con ello “borrar” la historia de la barbarie. Con esto se pretendía dejar en el olvido y en el pasado los temas del horror y del sufrimiento o considerar que las generaciones del nazismo y el genocidio eran tan lejanas como las guerras napoleónicas (Primo Levi, 2006).

Kafka y, en especial, Benjamin representan las dos figuras de lo que significa los tiempos de oscuridad. Esta oscuridad se representó en la enemistad de los verdugos y en la falta de fundamentos de quienes les impedían y los amenazaban bajo pena de muerte porque se atrevían a pensar o a escribir en Alemán; idioma que significaba ir directo al “infierno”, en palabras de Benjamin: “...en este planeta un número de civilizaciones han perecido en sangre y horror” (Benjamin, 1936, 12). También tenemos la figura del escritor Améry, quien señala que en los campos de concentración, los prisioneros descendieron al último círculo del infierno porque se encargaron de llevar a sus semejantes hasta las cámaras de gas, los despojaron de la ropa, de los dientes de oro, arrastraron sus cadáveres hasta las fosas comunes. Estos mismos prisioneros en diez minutos fueron clasificados como útiles y reunidos en un grupo, mientras que a sus congéneres (mujeres, niños, viejos), “*la noche se los tragó*” (Améry, 2004).

ORIENTACIÓN ÉTICA Y POLÍTICA

En esta orientación encontramos dos propuestas en tensión. La primera sitúa el tema del mal en la idea regulativa de libertad. En este caso, las raíces las encontramos en la propuesta kantiana⁴ de “mal radical”. En la segunda, tenemos

la propuesta de la pérdida de la personalidad moral y política planteada por Arendt. Veamos estas dos orientaciones.

El mal y la idea regulativa de la libertad

El mal radical en Kant es entendido como la inversión del orden moral cuando se adopta una máxima de acción. El valor moral de un agente o sujeto depende puramente de cómo ordena los incentivos de las máximas que adopta. Por tanto, Kant rechaza la idea de que nacemos moralmente buenos y nos corrompemos, porque los sujetos son responsables de sus elecciones individuales.

Para Kant (1969/2007), el más radical de los males consiste en que un hombre ignore las motivaciones emanadas de la ley moral y actúe en favor de otros motivos no morales; esta es la máxima perversidad del corazón humano, un corazón que es capaz de invertir el orden moral atendiendo a motivos egoístas.

La tesis “el hombre es malo”, según Kant significa “que el hombre se da cuenta de la ley moral y, sin embargo, ha admitido en su máxima la desviación ocasional respecto a ella” (Kant, 2007, p. 50). En tal sentido, Kant interpreta el mal como una opción de la libertad moral contrario a lo que se afirma, el mal no es la “naturaleza”, entendida como impulso y apetito. Para Safransky, el mal en Kant brota de la relación tensa entre naturaleza y razón y no es un acontecer natural en el hombre sino una acción de la libertad (Safransky, 2005). Esto significa que como seres humanos tenemos la capacidad para tomar decisiones y dictaminar qué impulsos han de influir en las máximas de acción. Esta capacidad es parte de nuestra libertad y por ello, en palabras de Safransky, siguiendo a Kant, “el mal es el precio y el riesgo de la libertad”.

La pérdida de la personalidad moral y política

La “banalización del mal” es más que desobedecer el imperativo categórico kantiano que prohíbe tratar a los individuos como medios y violar su dignidad; se trata de que los seres humanos se vuelvan superfluos, pierdan la espontaneidad y la pluralidad.

4 Ver Kant: *La religión dentro de los límites de la razón pura*, Madrid, Alianza Editorial, 1724/1969.

La superficialidad significa sufrir, como lo indica Arendt, la mayor calamidad de los que no tienen derechos: despojarlos de la igualdad ante la ley, porque ya no pertenecen a una comunidad, es decir, pierden su categoría de ciudadanos. Esta pérdida también indica que no existen leyes que los reconozcan; por consiguiente, carecen de normas que hagan posible la reivindicación de sus derechos. La amenaza de la superficialidad humana lleva a que Arendt insista que los derechos fundamentales son “derecho a tener derechos”, y el derecho a pertenecer a una comunidad que proteja los propios derechos.

Además de la amenaza de la superficialidad por la pérdida de los derechos para ejercerlos, Arendt indica que el sentido más profundo y chocante de la superficialidad está sintetizado en los campos de exterminio, en los laboratorios de los regímenes totalitarios y en la fábricas de muerte, y de ello dan cuenta las narraciones de los testigos de estos fenómenos del mal. La superficialidad demuestra que las categorías racionales colapsan ante fenómenos como los laboratorios en los que se llevan los más radicales experimentos de la naturaleza humana: “*hacer que los seres humanos, en tanto seres humanos, se vuelvan superfluos*” (Berstein, 2002).

Otra característica del mal radical es la pérdida de la espontaneidad, que significa destruir toda señal de libertad y solidaridad humana. Aniquilar la espontaneidad significa la destrucción de la individualidad, eliminar la capacidad del hombre para comenzar algo a partir de sus propios recursos (Arendt, 1981). En los laboratorios donde se llevan a cabo los radicales experimentos de la maldad, indica Arendt, los recursos para actuar se restringen a las reacciones del entorno y a las circunstancias de dominación. Precisamente, en oposición al tema de la dominación, Arendt propone la natalidad entendida como la capacidad humana para iniciar, para comenzar algo nuevo, de ahí que la natalidad se asocie con la espontaneidad y con la fuente de libertad humana.

La tercera característica del mal radical es la dominación total y con ello la pérdida de la pluralidad. El primer paso esencial rumbo a la dominación total es matar a la persona jurídica. Para la filósofa Sánchez Muñoz (2005), la destrucción de la pluralidad significa la pérdida de toda la vida política porque el aislamiento se traduce en la ruptura de los lazos públicos con los demás, en la pérdida del mundo común. Los individuos aislados no ven ni escuchan

a los otros, son incapaces de pensar en el lugar del otro, pero en especial son incapaces de reflexionar por todo lo que los demás hacen, es decir están incapacitados para la alteridad, así como para rechazar o para asombrarse ante “las fábricas de la muerte”.

SENSIBILIDAD MORAL EN SITUACIÓN DE DESPLAZAMIENTO FORZADO: ALGUNAS SIMBÓLICAS DEL MAL

En las narraciones de los jóvenes víctimas de la violencia, ser desplazado significa menosprecio porque sus vidas están sometidas a las continuas humillaciones y a las ofensas de quienes, en contra de su voluntad, han tomado la decisión de recordarles, con sus propios muertos, que la libertad y la disposición de su vida es objeto de amenaza:

...es humillante que a uno lo estén sacando de donde uno lo tenía todo...por eso somos personas especiales porque hemos vivido hechos violentos”; “quitarle la vida a una persona eso es injusto...no es justo que lleguen y los maten y dejen sus cuerpos por ahí tirados... por eso abandonamos todo.

En los jóvenes, la experiencia del menosprecio significa falta de reconocimiento, es decir, que su existencia no goza de la confirmación del otro; también significa la destrucción de su mundo íntimo, porque el menosprecio se enraíza en el plano afectivo de los sujetos humanos (Honneth, 1997).

A los desplazados no sólo se les desplaza de sus tierras y se les somete a distintas humillaciones y menosprecios, sino también que sus voces son excluidas de los distintos modos de narración empleados para describir esta pieza dramática de la historia de Colombia. Silenciar a los desplazados significa dejar de conocer la otra cara de la violencia, aquella que no está en los textos escolares, en los medios de comunicación, ni en las conversaciones de la vida cotidiana.

Las narraciones acerca del desplazamiento no se limitan a la descripción de hechos, personajes y eventos. Estas narraciones, que operan a manera de cortas piezas teatrales, por el carácter representacional que en ellas subyace, se expresan en distintos subgéneros narrativos con predominio del épico, porque los acontecimientos, lejos de representar a sus héroes, contienen las experiencias de las víctimas de la violencia:

... el pueblo lo iban a bombardear, a los hermanos los iban a matar si no entraban a la guerra... viendo tanto muerto los campesinos a escondidas nos escapamos hacia otros pueblitos más pequeños para resguardar nuestras vidas.

En las narraciones de estas víctimas del desplazamiento (los jóvenes) encontramos cuatro acontecimientos en los cuales el menosprecio, la denegación del reconocimiento de sus derechos y la humillación están asociados a los sentimientos morales de indignación, resentimiento, culpa y vergüenza; estos sentimientos muestran el grado de afectación subjetiva y la pérdida, repentina, del entramado simbólico y social de estos jóvenes. Estos cuatro acontecimientos son: antes del desplazamiento, el síndrome de la amenaza, la incertidumbre del desplazamiento y el desplazamiento en sí.

Antes del desplazamiento

Las narraciones de los jóvenes relacionadas con sus vivencias antes del desplazamiento están referidas a sus vínculos rurales en los cuales la “*finquita*” se constituye en el espacio vital sobre el cual las formas de socialización y los aprendizajes tienen valor porque representan el reconocimiento recíproco del que gozaban los jóvenes.

En las narraciones, el reconocimiento recíproco expresado por los jóvenes se fundamenta en las relaciones amorosas y de cuidado por el otro, indicando esto un fuerte lazo emocional y una reafirmación de sus modos de vida. El desplazamiento se constituye, precisamente, en un fenómeno que desborda el desalojo de la propiedad por el temor a la pérdida de la vida, para convertirse en la ruptura de toda forma de reconocimiento y en la vulneración de la esfera de lo íntimo; daño moral que no sólo representa una injusticia porque afecta a los jóvenes en su libertad de acción, sino que lesiona el entendimiento positivo que sobre sí mismo poseen los jóvenes como resultado de sus vivencias simbólicas e intersubjetivas (Honneth, 1997).

La humillación y la ofensa, que se refieren a formas de menosprecio o a la denegación del reconocimiento, son los dos sentimientos morales que los jóvenes asocian en sus narraciones con las experiencias sufridas antes del desplazamiento. Estos sentimientos expresan formas de menosprecio en la medida en que los jóvenes consideran que están indefensos frente a las agresiones del victimario, porque lo que

es objeto de humillación y ofensa son, precisamente, sus derechos humanos y sus aprendizajes afectivos, considerados por ellos como inherentes a su humanidad:

Nos humillan, nos ofenden, nos dicen que si no hacemos lo que ellos dicen, entonces nos llevan y nos matan...; nos humillan por eso es feo vivir en donde a uno lo están sacando de la casa en donde uno vive... donde uno ha construido todo...; todas esas personas que no tienen corazón, sacan a las personas como si fueran perros... como si no fueran seres humanos...

Síndrome de la amenaza

En estas narraciones relacionadas con “*el síndrome de la amenaza*”, tal como lo enuncian los jóvenes, encontramos los actos de intimidación que buscan forzar la decisión, en contra de su voluntad, de abandonar su vínculo con lo rural, es decir, sus aprendizajes como ciudadanos. Lo que se amenaza son los derechos que constituyen la personalidad moral y civil de los ciudadanos y para ello se utiliza como botín de guerra e instrumento de comunicación a los más vulnerables a las violaciones y a los que pueden dar testimonio del horror de la guerra: niños, niñas, mujeres y jóvenes.

Las amenazas pueden ser rumores de la toma armada a la población, el boleteo con el cual se ordena el desalojo de la propiedad e informaciones de reclutamiento de menores y, en general, múltiples formas de intimidación a las mujeres como botines de guerra:

... ese día eran las dos de la tarde cuando llegó alguien a mi casa y me dijo: están entregando una boleta y usted está en esa lista... nos daban plazo para desocupar hasta las seis de la tarde, era muy poquito plazo para una familia entera, pero viendo que los demás se alistaban yo me dije, yo me voy y así fue...; un día llegaron al colegio y nos trataban feo, pero a mí me ofrecieron dinero para irme con ellos, pero como no quise me amenazaron por eso me sacaron de allá, por ser mujer...

El cuerpo, objeto de violencia, representa el sentimiento de indignación, simboliza el poder de aquellos que hacen parte del conflicto interno y comunica el grado de exacerbación del conflicto. Como arma de guerra, el cuerpo representa en las narraciones de los jóvenes la violencia sexual, la prostitución forzada y el control sobre la vida afectiva y social:

siempre me seducían como amenazándome...pero yo pensé que nunca iba a pasar, pero un día, a la salida del colegio, uno se me paro al frente mirándome, queriéndome matar si no me iba con él, por eso me vine..., tenía miedo; ...en los últimos dos meses que estuvimos allá mataron, públicamente, a más de cien personas, ¿cómo le parece?, esto no había que pensarlo... por esos nos desplazamos.

Incertidumbre del desplazamiento

En las narraciones relacionadas con la incertidumbre de desplazarse, los jóvenes muestran los esfuerzos de su grupo familiar y de la comunidad para buscar posibles soluciones y ejecutar acciones que les permitan permanecer en su propia tierra preservando su vida y la de aquellos que forman parte de su núcleo afectivo. En esta incertidumbre, los jóvenes vislumbran la posibilidad de no ceder ante las amenazas. No obstante, el miedo es el sentimiento moral que los orienta a tomar como decisión el abandono de la propiedad y a desprenderse de todo aquello que, algún día, les permitió permanecer y pertenecer a una comunidad:

Uno no quiere irse pero... hubo una vez una toma, y destruyeron el comando y el colegio, y nosotros duramos como dos meses sin colegio y pues eso fue como berraco todo el pueblo desolado, no había gente, nada, nosotros tuvimos que irnos del pueblo para una finca, mientras pasaba todo, o sea todos esos enfrentamientos, todas esas vainas...

Este sentimiento de miedo está originado por las experiencias de las mutilaciones, las violaciones de las mujeres, los atentados, los rumores, las persecuciones y las muertes de sus familiares y vecinos.

En la incertidumbre del desplazamiento, si bien está acompañado por el sentimiento de miedo, también encontramos los sentimientos de indignación y resentimiento, porque el desplazamiento anuncia la tragedia de vivir sin derecho y empezar a depender de la caridad: "... ya no somos lo mismo porque estamos a la voluntad del prójimo... vivimos de la voluntad ajena y de la misericordia..."

Con los sentimientos de miedo, indignación y resentimiento, los jóvenes expresan su falta de reconocimiento jurídico, lo que significa que han sido lesionadas sus expectativas como sujetos de interacción y de participación. A esto se suma que los jóvenes adquieren conciencia de estar

desposeídos de sus derechos. Estas situaciones traen consigo la pérdida del respeto de sí y la incapacidad de referirse a sí mismo como un sujeto que goza de reconocimiento, porque su vida depende de la voluntad de otros.

Estos sentimientos de miedo, indignación y resentimiento, están referidos a distintas escenas en las cuales se percibe al victimario como sujeto sin piedad, sin consideración y sin benevolencia para con los otros, es decir, con sus congéneres.

Los sentimientos de indignación y resentimiento también los encontramos en las narraciones en cuyas escenas se muestra a las víctimas como seres inocentes que sufren el rechazo y la vulneración de sus derechos. Para los jóvenes, a pesar de ser objeto de violación, sus derechos no han prescrito, sino que aún siguen vigentes, a pesar de sus muertos:

Nos hicieron salir por quedarse con nuestras tierras, con la tierra de nosotros... se aprovecharon de nuestra condición para hacernos salir...; ...Pues aunque matan... y se vuelven gente que no tiene corazón, que no les importa nada... nosotros somos, también, seres humanos y tenemos los mismos derechos.

El desplazamiento

En las narraciones relacionadas con el desplazamiento, los jóvenes van reconociendo sus derechos, justamente, cuando éstos son objeto de vulneración y en el momento en que se incorporan, en contra de su voluntad, a una nueva estructura social y simbólica en la cual sus modos de vida no tienen reconocimiento alguno. Los desplazados arriban a la ciudad con una ciudadanía extinguida en sus derechos fundamentales y con una personalidad moral anulada, porque su voluntad de acción y de decisión ha sido violada.

Sumado a estas pérdidas, la incorporación a la ciudad no está libre de otros miedos como no ser escuchados, ni poseer libertad de acción, de decisión y de labor. En estas narraciones, los jóvenes expresan con indignación el temor que les produce relacionarse con los "otros" bajo la nominación "*soy desplazado*", porque significa ser hijo de la violencia y de la miseria; por tanto, ser objeto de menosprecio:

Una persona desplazada tiene que tener mucha resignación para poder soportar la indignación que produce los

maltratos de la comunidad; pues a mí no me gusta estar contándole a todo el mundo que soy desplazada...

Los jóvenes en sus narraciones se designan “soy desplazado” con el objeto de indicar que su vida depende de la voluntad del prójimo y que, repentinamente, ellos ya no encuentran un espacio vital en el cual sus vidas tengan sentido y significado.

La nominación “soy desplazado” está asociada a los sentimientos de indignación, resentimiento y culpa. Los dos primeros sentimientos están relacionados con la desvalorización de los modos de vida individual y colectiva adquiridos, generalmente, en la vida rural a la que pertenecía esta población antes de ser desplazada. En sus narraciones, los jóvenes no le atribuyen un significado positivo a las experiencias vividas en la situación de desplazamiento porque éstas significan la pérdida de la autoestima personal y de todo el entramado social. En efecto, para los jóvenes lo que se degrada son, precisamente, los aprendizajes colectivos adquiridos en su vida rural, los cuales, antes del desplazamiento, estaban asociadas a un reconocimiento positivo.

El sentimiento de culpa tiene que ver con el abandono de su espacio vital y con la pérdida de algunos de sus familiares y miembros de la comunidad. Si bien este sentimiento está relacionado con la frustración, por estar en medio de un conflicto que no entienden, la culpa también tiene que ver con la angustia que sienten los jóvenes porque sus familias, para protegerlos en su condición de amenazados, tienen que empezar a reconstruir su vida en un espacio en el que son, nuevamente, objeto de daño moral.

En estos cuatro acontecimientos (antes del desplazamiento, el síndrome de la amenaza, la incertidumbre del desplazamiento y el desplazamiento), además de la violación a la dignidad humana, expresan el hundimiento paulatino del aprendizaje ciudadano. Por esta razón, los jóvenes exigen una ética en la que se reconozcan sus experiencias de sufrimiento y reclaman por una responsabilidad de naturaleza histórica en las cuales el tiempo y el espacio no sean las razones para desconocer la vulneración de sus derechos y el reclamo de aquellos que aún siguen pendientes.

REFERENCIAS

- Améry, Jean. (2004). *Más allá de la Culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Valencia: Pretextos.
- Arendt, H. (1955/1981). *Los orígenes del totalitarismo. Tomo I y II*. Madrid: Alianza.
- Barthes, R. (2001). Introducción al análisis estructural del relato. En: *Análisis estructural de los relatos*. México: Ediciones Coyoacán.
- Bataille, G. (1971). *La Literatura y el mal*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. El narrador. En: *Para una crítica de la Violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la filosofía de la historia*. México: Itaca.
- Berstein, Richard. (2002). *El Mal radical. Una indagación filosófica*. México: Fideo.
- Gennette, G. (2001). Fronteras del relato. En: *Análisis estructural del relato*. México: Ediciones Coyoacán.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori.
- Husserl, E. (1991). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona: Crítica.
- Kant, I. (2007). *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid: Alianza.
- Levinas E. (1977). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- MacIntyre, A. (1987). *Tras la virtud*. Barcelona: Crítica.
- Primo Levi. (2006). *Trilogía de Auschwitz*. España: Aleph Editores.
- Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Sade, M. de. (1991). *Las 120 jornadas de Sodoma*. Barcelona: Tusquets.
- Safransky, R. (2005). *El mal o el drama de la libertad*. Madrid: Fábula.
- Todorov, T. (2001). Las categorías del relato literario. En: *Análisis estructural del relato*. México: Ediciones Coyoacán.